

IV

Napoleón supera á Luis XIV. El gran rey hacía sus conquistas á fuerza de sentencias judiciales; pero las *cámaras de reunión* mantenían á lo menos la apariencia del derecho. El emperador conquistaba reinos por simples decretos, es decir, que no hay otro derecho que su voluntad. Napoleón es más culpable que Luis XIV. Heredero de una revolución que había repudiado la política de conquista, pisó las tradiciones del 89 para volver á la época en que la barbarie reinaba en Occidente, y en que un jefe de los bárbaros quiso reconstituir la sociedad resucitando la unidad romana. Carlomagno no hace más que resucitar las antiguas formas. Lo que en el siglo IX era una obra imposible, en el XIX era una obra monstruosa. Al principio de la Edad Media, aun no había naciones: Carlomagno, pues, pudo reconstituir la Europa á su gusto sin violar ningún derecho. Pero la Revolución acababa de proclamar la soberanía imprescriptible de los pueblos, y Napoleón, al anexionar á la Francia tanto la república de Génova como los estados romanos, retrocedía al siglo IX, penetrando en un camino en que sólo la fuerza había de reinar.

Tal era la autoridad de los principios decretados por la Revolución, que Napoleón tuvo que rendirles homenaje con sus palabras, aunque con sus hechos los desmintiera. La mayor ambición de la república era dar á la Francia sus fronteras naturales. En 1809, el emperador prometió que no pasaría el Rhin. En la exposición que hace de la situación del imperio se lee: "Hubiera sido fácil á la Francia extender sus límites más allá del Rhin; pero este río es el límite invariable de los Estados contiguos á su imperio," (1). Apenas había pasado un año cuando el consejero de Estado Reynault anunció al Cuerpo legislativo que los límites de la Francia estaban formados por el curso del Waal. "Ya está propuesto al senadoconsulto, dice él, realizar este engrandecimiento que ha venido á ser necesario, tanto para la defensa militar de nuestras fronteras, como para la conservación de nuestro sistema de aduanas," (2).

(1) *Choix des rapports et des discours*, t. XX, p. 106.
(2) *Choix des rapports et des discours*, t. XX, p. 159.

Era un acto inaudito la anexión de la Holanda á la Francia; ya hemos dicho cuánto repugnaban esto los pueblos; habían preferido un rey que les era antipático á una anexión que les despojaba para siempre de su antigua independencia. De esta manera Napoleón renunció en 1810 á la comedia de un veto popular. Ante el Cuerpo legislativo invoca los decretos publicados por el Consejo británico en 1806 y en 1807, decretos que según él habían desgarrado el derecho público en Europa: "Un nuevo orden de cosas rige el universo; las nuevas garantías me han sido necesarias, y la anexión de las embocaduras del Escalda, del Mosa, del Rhin, del Ems, del Weser y del Elba al imperio me han parecido ser las primeras y las más importantes," (1). Al anunciar al Cuerpo legislativo la anexión de la Holanda á la Francia, Napoleón decía: "Que no era más que una *emanación* de su poder, que sin ella el imperio no sería completo," (2). Una república que por tanto tiempo había puesto la ley al orgulloso Luis XIV es anexionada á la Francia á título de *emanación*. ¿Qué es lo que la Europa iba á decir de esta nueva manera de engrandecer el imperio, de suyo ya desmesuradamente grande? ¿Dónde se detendrían las *emanaciones* de la Francia? Napoleón acababa de firmar el tratado de Viena, en el cual se había pactado un nuevo matrimonio con una archiduquesa; decía que iba á evacuar la Alemania, quería asegurar el continente y hablaba de paz. ¡Al día siguiente de estas bellas promesas reunía á la Francia un reino por él creado, un pueblo que había prometido no anexionar! No había más que una sola potencia con la cual el emperador guardase otros miramientos. El decía á Alejandro *con mucha negligencia* (3) que la Holanda formaba ya parte de la Francia antes del decreto de anexión, y que se había visto obligado á decretarla, puesto que su hermano Luis había abolido el trono por su mala salud. "Napoleón añadía que no tenía en Holanda más que lagunas, puestos y almacenes útiles contra la Inglaterra, pero que no contra el continente." El emperador, añade Mr. Thiers, no fué tan cortés con el

(1) Mensaje del emperador, del 10 de Diciembre de 1810 (*Choix des rapports*, t. XX, p. 190).

(2) Discurso del emperador, del 16 de Junio de 1811 (*Choix des rapports*, t. XX, p. 204).

(3) Frases de M. THIERS, *Historia del Consulado y del Imperio*, libro XXXVIII (t. III, p. 341-345).

Austria y no dijo una palabra á los otros Estados.

No es verdad que el rey Luis abdicara por un motivo de salud. No es verdad que Napoleón decretara la anexión después de abdicar su hermano. Antes de conocer este intento había dirigido un mensaje para procurar la anexión de la Holanda á la Francia. El decreto es de 1810, y ya el 27 de Marzo de 1808, Napoleón escribió á Luis para ofrecerle la corona de España: "La Holanda, decía él, no sabrá salir de sus ruinas. *Que haya paz ó no*, no hay medio de que esa nación se sostenga," (1). ¡Hé aquí cómo el monarca del mundo dispone de las naciones! ¡Hé aquí cómo trata á las mismas que le son aliadas! El emperador anexiona sucesivamente á su inmenso imperio todo lo que le conviene: un día la Holanda, porque no es más que una *emanación* de la Francia; al día siguiente el Valais, porque se encuentra en el camino de Italia (2). Las potencias extranjeras guardaron silencio. ¿Era porque la Rusia y el Austria no se interesaran en que se llegara á Amsterdán como dice un historiador francés? (3). Si ellas no se interesaban por las lagunas de la Holanda, se inquietaban por la independencia del continente, pues su propia existencia estaba comprometida. Después de todo, tenían razón en callarse; ellas mismas habían fomentado las invasiones de Napoleón, porque era un medio infalible de apresurar la catástrofe. El emperador quería engrandecerse extendiendo sus dominios, y no hacía más que cavar un abismo bajo sus pies.

V

Apenas anexionada la Holanda, Napoleón hizo que su ministro de relaciones extranjeras le presentase un informe, en el cual le demuestra que es necesario á la Francia anexionar las ciudades anseáticas, el Lawenburgo y todas las costas desde el Elba hasta el Ems. Naturalmente, el emperador participó el informe del ministro: "Los prin-

(1) *Correspondencia de Napoleón*, t. XVI, p. 589.

(2) Mensaje del emperador del 10 de Diciembre de 1810 (*Choix des rapports*, t. XX, p. 190); "La anexión del Valais es una consecuencia de diez años de trabajos en esta parte de los Alpes."

(3) THIERS, *Historia del Consulado y del Imperio*, lib. XXXVIII, (tomo III, p. 346).

cipes, dice, adoptados por el gobierno inglés de no reconocer la neutralidad de ningún pabellón, me han obligado á apoderarme de las desembocaduras del Elba, del Ems y del Wesser." Napoleón no quiere dejar á los Ingleses ningún punto abierto á su comercio en las costas del mar del Norte (1). Para este fin era necesario anexionar á la Francia las costas de Rusia. Y después, el comercio británico ¿no podría encontrar indemnización para su comercio en América, en China y el Japón? ¡En ese caso, la monarquía del continente no bastaría al emperador, y sería menester que fuera dueño del mundo! Veamos al monarca universal puesto á la obra.

¿Qué derecho tenía Napoleón sobre las ciudades libres de Hamburgo, Brema y Lubeck? No tenía más que el de la fuerza; las ocupaba militarmente, y esto debía bastar puesto que él era el amo. Reuniéndolas á su imperio, ¿qué ganaba él? A esto no se puede contestar, sino que el emperador había querido anexionar las ciudades anseáticas y lo hizo. "¿Qué dificultad podía tener para ello, dice Mr. Thiers, si las tenía bajo su mando?" Napoleón anexiona al mismo tiempo á su imperio una buena parte del reino de Westfalia, que acababa de crear para su hermano Jerónimo. ¿Con qué derecho? Jerónimo era tan gastador, que para subvenir á sus necesidades dejaba de pagar á las tropas francesas; era un dádívoso que no cumplía con los cargos anejos á la donación. Pero ¿qué habían hecho los príncipes alemanes, los Salm, los Aremberg para ser despojados? Mr. Thiers responde que sus territorios estaban á la disposición del emperador lo mismo que los de cualquiera otro Francés. ¡Podía, por lo tanto, tomar con el mismo título la mitad de la Alemania! Entre los principados que anexionó se encontraba el del duque de Oldemburgo, tío de Alejandro de Rusia. Napoleón se apoderó de sus Estados por la sola razón de que estaban situados entre las embocaduras del Ems y las del Wesser. ¿De qué podía quejarse? El emperador se apodera de su principado sin dignarse advertirselo, lo mismo que con los Aremberg y los Salm. Solamente que como el czar, sobrino del príncipe despojado, era el aliado de Napoleón, el emperador le reservó una indemniza-

(1) Mensaje del 8 de Diciembre de 1810 (*Choix des rapports*, tomo XXI, p. 191).

ción, la ciudad de Erfurt, última *migaja* que quedaba en la *mesa del conquistador*; finalmente, arrebatada á su sobrino, el hijo del rey de Holanda, una parte del ducado de Berg que acababa de darle. ¿Por qué? Porque tenía necesidad de él. Arreglo de familia, dice el historiador francés, por el cual no debía inquietarse aquel á quien perjudicaba (1). En fin, era la voluntad del monarca universal, y su voluntad era ley.

Cuando Napoleón hizo la anexión de las ciudades anseáticas y una parte de la Alemania al imperio francés, sólo la Rusia reclamó. Después, silencio completo. ¿Era el silencio de la aprobación? Algunos años más tarde, el Austria declara la guerra al emperador, y próxima la coalición, ella decidió su ruina. No faltaban agravios á los coligados. Uno de los principales, fué el acto de violencia que acabamos de decir: se lee en el manifiesto austriaco, "que Napoleón concibió en mal hora el deseo de anexionar á esta masa de pueblos que se llamaba el imperio francés, una porción considerable de la Alemania septentrional, privando á las ciudades libres de Hamburgo, Brema y Lubeck de su independencia; este acto de violencia se ejecutó sin derecho alguno, despreciando toda formalidad, sin aviso preliminar, sin negociación con gabinete alguno, con el solo pretexto de que así era necesario por la guerra con la Inglaterra. El decreto por el cual se mandaba situar la 39.ª división militar sobre las costas de la Alemania, era un presagio de nuevos desmanes. Acreditada que ningún Estado, aun los mismos que Napoleón había creado, estaban al abrigo de sus usurpaciones. Era necesario completar los territorios anexionados; para ello no importaba cometer nuevas injusticias, porque el amo del imperio francés era el amo del continente," (2).

¿Era una exageración el acusarle de una ambición desmedida y sin tasa? Se lee en el informe hecho al Senado sobre el mensaje del emperador que anunciaba la anexión de las ciudades anseáticas: "¿Dónde están los límites de lo posible?" En la Inglaterra, se dirá; que meditando su pasado, procura aprender para el porvenir. En efecto, no había nada imposible para Napoleón; él podía ane-

(1) THIERS, *Historia del Consulado y del Imperio*, lib. XI, tomo III, p. 432.

(2) SCHOELL, *Historia de los tratados de paz*, t. X, p. 77, 79.

xionar la Alemania entera, podía proclamarse emperador de Occidente, y estaba en buen camino. Mr. Thiers nos dice "que soñaba reunir á la Francia la ribera izquierda del Ebro, bajo el pretexto de sacrificios hechos para asegurar la corona de España á su hermano," "Extraña decisión, escribe el historiador francés, imponer á España una dinastía á su pesar, hacer que esta dinastía reine á la fuerza (porque José no era menos contrario), y después pagar al uno y á la otra con una desmembración del territorio, era una verdadera locura de ambición," (1). No era ciertamente el último grado de la locura. Parece que Napoleón, cansado de la oposición de su hermano José, se proponía anexionar la España entera á su gigantesco imperio, como lo había hecho con la Holanda y con el reino de Nápoles. Ya estaba extendida una información por la cual se significaba á la Europa que tenía un amo que, uniendo el tridente á la cuchilla, restablecería el imperio romano: "Desde el Rin hasta el Atlántico, decía el nuevo César; del Escalda hasta el mar Adriático, no habrá más que un pueblo, una voluntad, una lengua," (2). Esto era peor que la locura; despojar á los pueblos de su libertad, es matarlos, y la muerte de una nación es un crimen tan grande como el asesinato de un individuo.

N.º 3. — Los crímenes.

I

Napoleón decía en Santa Elena: "Cuando los Españoles estaban en armas en nombre de Fernando, este príncipe y su hermano D. Carlos, únicos herederos del trono de España, estaban en Valencey, en el valle del Berri. Su muerte hubiera puesto fin á los negocios de España; hubiera sido útil y acaso necesaria. Fué aconsejada por...; pero era injusto y criminal: Fernando y D. Carlos ¿estaban muertos en Francia?... Napoleón no ha cometido jamás ese crimen," (3). Hé ahí un crimen que moralmente es más grande que la muerte de un hombre; Napoleón no mató á Fernando, pero le engañó, y engañó la ciega confianza de la na-

(1) THIERS, *Historia del Consulado y del Imperio*, lib. XXXIX, tomo III, p. 380.

(2) HEUSSER, *Deutsche Geschichte*, t. III, p. 519, según PERTZ.

(3) *Memorias de Montholon*, notas y misceláneas (20 nota).

ción española para arrebatar su trono al príncipe y al pueblo su independencia: no es culpa suya que la muerte de la nación no se verificara. El hizo todo lo que sus cálculos, bien premeditados, le dictaron. En Bayona hubo una conversación notable entre el emperador y el canónigo Escoiquiz, consejero de Fernando; es como la voz de la conciencia que grita y que quiere detener al criminal en el momento en que va á ejecutar sus designios. Napoleón provocó al canónigo á que hablara francamente: "Después de más de un siglo, dice el español, de una estrecha alianza entre la Francia y la España, hoy se renueva con vos y se hace más estrecha. La España ha hecho muchos esfuerzos para sostener á la Francia en sus guerras, lo mismo que en las que V. M. ha emprendido para destronar los Borbones de Nápoles. España acaba de entregaros sus plazas fronterizas, y ha permitido llegar á vuestras tropas hasta la misma corte de su soberano: España ha obrado en todo con una confianza que sólo puede inspirarla una ciega amistad. El príncipe Fernando continúa en las mismas intenciones; para estrechar los lazos de la alianza, os pide una princesa de vuestra augusta casa; apenas ha subido al trono, os testifica de nuevo los mismos deseos y os prodiga las pruebas de su afecto; hoy se pone á vuestra disposición y cuenta con vuestra amistad. ¿Cómo, en presencia de estos hechos, el pueblo y su rey podrían sospechar los proyectos de V. M.?" (1).

Se concibe que el emperador haya engañado á sus enemigos, puesto que el derecho de guerra permite unir á la fuerza del león la astucia de la zorra; pero no se concibe que haya engañado la confianza de una nación generosa que esperaba de él su bienestar. Esta confianza engañada es la que exasperó á los españoles y la que dió á su lucha tan alta significación moral; se diría que el brazo de la justicia divina había caído sobre el culpable y que escogía por instrumento la víctima más inocente de todas las que la ambición de un conquistador inmolaba á sus criminales locuras. No hay un escrito, ni una palabra salida de una boca española, que no haya marcado esta vergonzosa perfidia. Napoleón oyó el grito de indignación que un ministro de Fernando dejó escapar en presencia de

(1) DE PRADT, *Memorias históricas sobre la revolución de España*, p. 272-274.

Champagny, su ministro de relaciones extranjeras: "¿Qué confianza podrá tener la Europa en sus tratados con la Francia cuando vea la *perfidia* con que ha sido violado el tratado de Fontainebleau? ¿De qué terror no estará poseída al considerar los artificios, las vergonzosas promesas, las seducciones de todo género, que el emperador ha puesto en juego para atraer al rey á Bayona y despojarle de su cetro?" (1). En la primera proclama de la Junta de Sevilla se lee: "Todas nuestras desgracias nos han venido de una potencia extranjera, no por la fuerza de las armas, si por la *astucia y la perfidia*; se sirven de nosotros contra nosotros, y se hacen cómplices de estas maldades los que se llaman jefes de nuestro gobierno." La palabra *perfidia* resuena en todas las líneas de este manifiesto de una nación engañada y ultrajada; es una perfidia: "que la historia de todas las naciones y de todos los siglos no tiene ejemplo," (2). Una carta dirigida á Napoleón y publicada en Valencia en 7 de Junio de 1808, lanza al emperador este apóstrofe sangriento: "Tus palabras no son más que falsedades; tus tratados no son más que traiciones," (3).

La historia debe asociarse á esta enérgica condenación del crimen, y se asocia efectivamente. Escuchemos esta voz vengadora: "Después del tratado de Basilea, dice Schoell, la España había sido la aliada fiel de la Francia; ella había dado á Bonaparte sus tropas, sus tesoros, sus naves. Tanta condescendencia fué pagada con la más negra ingratitud. La invasión de la España es la más grande de las *maldades políticas*. El hecho es tan escandaloso, que la Europa asombrada no quiso darle fe, y los documentos más auténticos apenas fueron suficientes para vencer la incredulidad de los que pensaban que tanta *enormidad* era imposible en el siglo de las luces," (4).

¿Dónde está lo imposible?, había preguntado un senador: Mr. Thiers, dice que "Napoleón había llegado á quererlo todo y á atreverse á todo; que él se consideraba como dispensado de observar las reglas de la moral ordinaria, pudiendo dar ó

(1) LEFEBVRE, *Historia de los gobiernos de la Europa durante el Consulado y el Imperio*, t. III, p. 488.

(2) Proclama del 20 de Mayo de 1808 (SCHOELL, *Colección de documentos oficiales*, t. I, p. 307 y siguientes).

(3) SCHOELL, *Colección de documentos oficiales*, t. I, p. 323. — Véase *Ibid.*, p. 393, la proclama de la Junta de Madrid.

(4) SCHOELL, *Historia de los tratados de paz*, t. IX, p. 151.

quitar los tronos lo mismo que la Providencia, siempre con justicia por la grandeza de sus resultados y de sus miras, (1). ¿Esto es una sátira, ó es una justificación? Si es esto último, el historiador se hace cómplice de su héroe. Es verdad que se representa hoy día á Napoleón como uno de esos salvadores que Dios envía á la humanidad, y que la humanidad en su ceguedad desconoce. Vamos á ver cómo lo pone por obra; sus armas son la violencia, la perfidia y la traición; apresurémonos á añadir que Mr. Thiers mismo cree que la cuestión de España es una mancha que oscurece la gloria del emperador, añadiendo: "Lo único que puede absolverle es el bien que hizo á esa nación." No, el bien que Napoleón hizo á España no basta para absolverle, porque no es permitido hacer el bien sirviéndose del mal como instrumento. Si Dios saca el bien del mal que hacen los hombres, esto no les justifica.

II

El 21 de Octubre de 1807, el ministro de negocios extranjeros dirigió una comunicación á Napoleón, en la cual se prueba lo político y casi justo que era apoderarse de Portugal. La Inglaterra, dice él, desconoce la soberanía de todos los gobiernos, y de aquí, concluye, que todos deben armarse contra ella. ¿Se podría preguntar al diplomático imperial si cada Estado no es juez de su dignidad y de sus intereses? No, dice él, porque hay obligaciones que unen entre sí á los soberanos de Europa. De este modo, si el territorio de uno de ellos es violado en detrimento de la Francia, aquél sería el responsable. Tal es el crimen de Portugal; porque él sufre que sus embarcaciones sean inspeccionadas por los buques ingleses: "Esta conducta da á vuestra majestad el derecho de proponerle la alternativa de hacer causa común con ella, ó de considerarla como cómplice del mal que resulta de esta violación para los intereses de V. M., Hé aquí á Portugal puesto en estado de guerra contra la Francia. "El interés del continente de donde los ingleses deben ser expoliados, fuerza á V. M. á declararla," (2). Sería tiempo perdido discutir se-

(1) THIEBS, *Historia del Consulado y del Imperio*, lib. XXIX, tomo II, p. 596.

(2) *Choix des discours et des rapports*, t. XIX, p. 403 y siguientes.

mejantes pretensiones; el derecho del más fuerte no se discute. Portugal cedió, al menos en apariencia, y respondió que rompería con la Inglaterra, aunque le era difícil pasarse sin ella, y que la declarararía la guerra. Esta respuesta parece estaba concertada con el gobierno británico (1). Dicha nota autorizaba al emperador á cuidar de que las costas de Portugal estuvieran cerradas al comercio inglés. En realidad, la tiranía que los Ingleses ejercían sobre las potencias neutrales, era un pretexto cómodo para excusar las invasiones de Napoleón. Mr. Thiers reconoce que no quería ocupar el Portugal para concluir con el bloqueo continental, pero sí apropiárselo para disponer de él á su antojo. Y ¿qué iba á hacer de esta nueva presa? Aquí comienza la comedia, ó, por mejor decir, el drama que concluyó en Bayona. Este fué el comienzo de las más grandes faltas que decía el historiador francés que merecía la pena de buscarse la palabra apropiada para calificar esa serie de pérdidas iniquidades.

Napoleón mismo dictó á su ministro una nota sobre la repartición de Portugal. De esta manera el crimen cometido por las potencias del Norte iba á resonar en el Mediodía. Los coparticipes de la Polonia se atribuyeron mutuamente la responsabilidad de aquel atentado. En el tratado de Fontainebleau no hay más que un solo culpable, el emperador, puesto que su aliada la España figura como víctima, destinada á sufrir la misma suerte. El Portugal fué dividido en tres lotes: el primero para el rey de Etruria, en cambio de la Toscana, cedida á la Francia; el segundo para el príncipe de la Paz; el tercero quedaba á disposición de la Francia. Todo en esta convención era una burla. Faltaba un pretexto á Napoleón para enviar sus ejércitos á España; el reparto de Portugal se lo ofreció. El pretendido engrandecimiento de la España venía á ser el instrumento de su ruina. Entre tanto, el tratado de Fontainebleau "¡garantizaba á Su Majestad católica la posesión de sus Estados del continente de Europa!" En el momento mismo en que Napoleón parecía que procuraba para la España un acrecentamiento de su poder, soñaba en trastornarla y en despojar á su aliada, porque ésta le molestaba, se le rebelaba y le disgustaba.

(1) THIEBS, *Historia del Consulado y del Imperio*, lib. XXVIII (tomo II, p. 483, nota).

Faltaba ahora encontrar un general que se presentara á la ejecución de estos odiosos designios: Napoleón pensó en Lannes. El bravo mariscal que había sido colmado de bienes y de favores por el príncipe á quien se le encargaba ahora despojar, rehusó esta vergonzosa misión. Junot, el camarada de Bonaparte, tuvo menos delicadeza. La ejecución fué digna del proyecto: Napoleón tenía un excelente pretexto, no hacía la guerra á los Portugueses; les libraba al contrario del yugo de la Inglaterra. Junot, fiel á la consigna, lanzó una proclama para captarse las simpatías de la nación: "El emperador, dice, me envía á la cabeza de un ejército para hacer causa común con vuestro bien amado soberano." En su impaciencia, Napoleón se vendía á sí mismo. Contando que Junot iría con la rapidez de su pensamiento, le creyó ya en Lisboa, é insertó en el *Monitor* el famoso decreto que declaraba "que la Casa de Braganza había dejado de reinar." De esta manera el emperador hacía causa común con el bien amado soberano de los Portugueses (1).

Napoleón ha hecho constar con su propia mano su deshonor y su crimen. Hé aquí las instrucciones que dió á Junot: "Entraréis en Portugal como amigo, el emperador os dejará llegar á Lisboa sin resistencia, y en este caso, hé aquí la conducta que debéis seguir: ocupar las puertas de la población, situar las tropas en el campo, apoderarse de la flota y hacer enarbolar sobre todas las embarcaciones la bandera francesa... En el momento que hayáis tomado posesión de las plazas fuertes y de la flota, procederéis al desarme de la armada." ¿Qué se hará del soberano bien amado de los Portugueses? "Haréis entender al príncipe regente, dice Napoleón, que debe entregarse á Francia; procuraréis que lo acepte de buen grado, y le daréis una escolta de oficiales cuya comisión aparente sea esa, pero que sirva para guardarle. Haréis otro tanto con todo el que se crea con derecho al trono, y con dulzura y sin molestias les haréis marchar á Bayona... Deberéis guardar deferencias con los hombres más notables, y os desembarazaréis de ellos ordenándoles vengan á París. Todos esperarán nuevas órdenes en Bayona" (2).

(1) *Memorias sacadas de un hombre de Estado*, t. III, páginas 149-152.

(2) *Carta del 12 de Noviembre de 1807 (Correspondencia de Napoleón)*, t. XVI p. 185.

De esta manera el príncipe regente de Portugal, y como decía Napoleón en su lenguaje desdeñoso, *todo el que tuviera derecho al trono de Portugal* debía ser tratado como lo fué la familia real de España. Es la misma perfidia de siempre y el mismo desdén de todo derecho. El príncipe regente huyó al Brasil protestando contra las violencias de Napoleón; su voz no fué escuchada por sus contemporáneos, pero la posteridad ha recordado su protesta. El príncipe preguntaba de qué código nacional había tomado el emperador los principios según los cuales obraba. La historia responde: en el código de los piratas. Hasta este punto se rebajaba, en su delirio de ambición, aquel de quien se quería hacer el salvador de la humanidad.

III

La cuestión de Portugal había salido á su gusto. Napoleón, al ver al príncipe de Braganza huyendo al Brasil, esperó que los Borbones de España, cuando vieran al ejército francés avanzar sobre Madrid, seguirían este ejemplo y se retirarían á Cádiz. Temía una insurrección popular, pero esto no asustaba al emperador; al contrario, hubiera sido una gran fortuna. El, que iba á España para vender á la nación y á su rey, hubiera pregonado la traición, diciendo que su ejército iba amistosamente á emprender una expedición que interesaba á la alianza. Esta pretendida traición hubiera permitido al emperador declarar que la Casa de los Borbones había dejado de reinar.

Tal fué el principio del drama de Bayona según Monsieur Thiers. No se debe juzgar del destronamiento de una familia real como se juzga de la expoliación de un propietario. La moral ordinaria está aquí fuera de lugar, porque se dan y se quitan los tronos por la guerra ó por la política, y esto se hace alguna vez con ventaja para las naciones, de las que se dispone arbitrariamente. Si Napoleón lo hubiera conseguido, Mr. Thiers le proclamaría el salvador de la nación. Si, la guerra dispone de las naciones, pero el emperador no estaba en guerra con España, y no podía por lo tanto imputarle el que fuera favorable á Inglaterra, puesto que, después de la paz de Basilea, había permanecido fiel á la alianza francesa. ¡Napoleón acababa de firmar el tratado de Fontainebleau, y como aliado y como amigo entró en Madrid, pero